

¿POR QUÉ LEER?

La más extraordinaria de todas las aventuras



Astrid Lindgren*

Una vez, cuando yo aún iba a la escuela Primaria, la maestra preguntó para qué nos había dado Dios la nariz, y un niño respondió con toda la buena fe del mundo: «¡Para tener mocos dentro!».

¡Ay, Albin! ¿Cómo pudiste decir semejante tontería? ¿De veras no sabías que la nariz sirve para que nos abramos camino por nuestra vida de chiquillos, olfateando aquí y oliscando allá hasta descubrir maravillas? Haz como yo, Albin: mete en un vaso de aluminio cinco fresas

silvestres acabadas de coger, aplica la nariz, respira profundamente, y verás como no hace falta nada más para disfrutar de todo el esplendor del verano. [...] Sin embargo, aún hay un aroma más encantador que el de las fresas del bosque y el del pan recién cocido... ¿No te gustaría conocerlo, Albin? Haz como yo. Toma tu nuevo libro de cuentos, introduce la nariz entre las hojas y aspira, aspira... Porque el olor de la tinta de imprenta contiene las más extraordinaria de todas las aventuras. Ese aroma ya te hace notar lo fascinante que ha de resultar la lectura del libro.

En efecto, la más extraordinaria aventura de toda mi niñez fue la lectura. Para mí comenzó cuando poseí por primera vez un libro propio y me puse a oliscarlo. En aquel momento despertó mi hambre de lectura, y la vida no pudo hacerme un regalo mejor.

Hoy día, todos los padres saben que sus hijos necesitan libros. ¿O quizá todavía no? Si aún hay quien ignore algo tan importante, decídmelo, queridos amigos. Acudid a mí para hablar de ello, porque tengo un interés enorme en convencerlos. No sé qué deseáis para vuestro hijo ni qué esperáis de él, pero tengo la certeza de que se enfrentará mejor con todas las vicisitudes de la vida si es aficionado a la lectura.

Veamos... ¿Qué deseáis para vuestro hijo? Quizá, de momento, que adelante lo debido en la escuela. Bien, *pero en este caso tenéis que indicarle el camino del libro*, pero no sólo el del libro de texto, sino también el de aquellos otros libros que despierten su afición a la lectura porque son divertidos y emocionantes. [...]

¿Es buena la comunicación con vuestro hijo? ¿O se enclaustra él en un mundo propio, al que vosotros no tenéis acceso? ¿No experimentáis a veces el deseo de conocer un poco mejor lo que sucede en este mundo suyo? Repito: *en este caso tenéis*

que indicarle el camino del libro. Juntos tenéis que leer libros, y tanto da que sean alegres o tristes. Pronto descubriréis que esos libros son el mejor eslabón que existe. Si un libro os hace reír o llorar juntos, no tardará en quedar establecida la confianza. Y mucho de lo que anteriormente ocupaba a vuestro hijo saldrá a relucir si comentáis juntos lo leído.

¿Qué más deseáis y esperáis para vuestro hijo?

Es posible que hayáis puesto grandes esperanzas en él y que soñéis con que el día de mañana sea uno de los que transforman el mundo y lo convierten en un lugar mejor para los hombres... [...] Bien, *pero en tal caso tenéis que indicarle el camino del libro*. Y eso ha de suceder enseguida, porque quien no encuentra ese camino de niño, ya no lo encontrará nunca, ni podrá llegar a ser un reformador del mundo. ¡Creedme! Poco cuesta hacer la prueba. Elegid a diez personas de la actualidad a las que admiréis y de las que creáis que realmente han hecho algo por la humanidad, retroceded hasta su niñez, pasad hacia atrás las hojas de los años, y estoy convencida de que os encontraréis con diez pequeños ratones de biblioteca. Quizá no leyeran siempre lo que se dice libros buenos, pero la cosa es que leían. De eso no me cabe la menor duda. Los libros alimentaron su fantasía, y fantasía era precisamente lo que necesitaban cuando, ya adultas, esas personas se dispusieron a transformar el mundo. [...]

No pretendo decir, claro, que todos los ratones de biblioteca y todos los entusiastas de la literatura se conviertan, con el tiempo, en personas creadoras o reorganizadoras, y también cabe la posibilidad de que los sueños respecto a vuestros hijos no sean tan altos. Simplemente, os contentáis con que, sea cual fuere su sitio en el mundo, halle una cierta felicidad. Poco es lo que vosotros, los padres, podéis hacer para que el hijo sea feliz o desgraciado. Pero una cosa sí que podéis hacer: enseñarle dónde encontrar consuelo, si está triste, y dónde encontrar alegría y belleza, si la vida le parece gris y, además podéis proporcionarle unos amigos que nunca decepcionan... *¡Podéis indicarle el camino del libro!* Pero ha de ser enseguida, como ya he dicho. Ahora mismo, cuando vuestro hijo tiene 6, 8, 10 ó 12 años. Luego sería demasiado tarde. Demasiado tarde para *Blancanieves* y para el *Doctor Doolittle*, demasiado tarde para unas *Aventuras de Tom Sawyer* y un *Robinson Crusoe*; demasiado tarde para tanta ilusión y tantas emociones. Sencillamente, demasiado tarde para encontrar el camino de la más extraordinaria de todas las aventuras.

*Éste texto, titulado «La más extraordinaria de todas las aventuras», es uno de los capítulos de *Mi mundo perdido* (Juventud, 1985), libro escrito por Astrid Lindgren en 1975.